

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

DUMONT, JEAN: *El amanecer de los derechos del hombre. La controversia de Valladolid*, Encuentro-Fundación Elías de Tejada, Madrid, 1999, 279 págs.

Las razones teológicas de la Conquista de América siguen constituyendo en nuestro tiempo un tema de interés. En España, no hace mucho, se le consagró el I Simposio sobre *La ética en la Conquista de América (1492-1573)*, celebrado en 1984 en Salamanca. Más recientemente, un escritor e historiador francés ilustre, Jean Dumont, lo ha estudiado también con rigor en su libro *La vrai Controverse de Valladolid*, publicado en París por Criterion en 1995. Esa obra se da a conocer hoy en España —en cuidada versión castellana de María José Antón, revisada por José Caballero Portillo— por Ediciones Encuentro con la colaboración de la Fundación Francisco Elías de Tejada. La presente nota aspira solamente a recoger resumidas, ofreciéndolas al lector español, algunas de las conclusiones e ideas esenciales de Dumont, poniendo de relieve la importancia de su investigación en tema que mucho afecta a la valoración histórica de la obra de España en América.

Centra Dumont su estudio en la llamada «Controversia de Valladolid», debate que en dicha ciudad se celebró, por orden de Carlos V, entre 1550 y 1551. A la luz de la documentación conservada, Dumont investiga y esclarece, con objetividad y claridad, el planteamiento, desarrollo, resultado y consecuencias del célebre e importante debate. Su estudio nos permite conocer —frente a versiones menos rigurosas y bastante difundidas— la verdadera Controversia. Teniendo en cuenta esa realidad, cabe pensar que el título del libro en su versión original es más exacto que el que lleva en la traducción española, aunque este reparo inicial carezca ciertamente de importancia.

¿Quiénes fueron los jueces del debate? Como precisa Dumont, quince eminentes personajes integraron la «junta» competente para oír los alegatos de la Controversia: siete miembros del Consejo de Indias, dos miembros del Consejo Real, un miembro del Consejo de los Ordenes militares, tres teólogos dominicos, un teólogo franciscano y un obispo. En el desarrollo del debate brillaron especialmente como contradictores dos hombres ilustres —Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas— e intervinieron otros también insignes como el teólogo Domingo de Soto. El marco de las sesiones fue, al decir, de Dumont, «tan

emblemático y brillante como la propia Controversia», pues aquellas se desarrollaron en el vallisoletano Colegio de San Gregorio, joya del Renacimiento.

Centrado así en las páginas iniciales el marco de la Controversia y analizado con datos históricos el interés objetivo que la Controversia revestía y el interés real —ciertamente menor— que la sociedad española le prestó, Dumont indaga el verdadero carácter de la Controversia, poniendo de relieve que no fue el interés material de España en Indias el que inspiró los debates: para España los gastos de evangelización de América eran enormes, y las riquezas allí obtenidas resultaban inferiores a lo que se ha supuesto. «Esto es lo contrario —observa Dumont— de lo que da a entender una calumnia inveterada que lo reduce todo a una presunta sobreexplotación codiciosa de América. La Controversia fue esencialmente un examen de conciencia religioso preparado por orden de un monarca tan vicario apostólico como plenamente evangelizador a la luz de sus responsabilidades, más aún espirituales que temporales. Un caso único en la historia».

Ello encaja bien con la situación espiritual de Carlos V al convocar la Controversia. «Carlos V es también —señala Dumont— un alma y un cristiano. En este año de 1550 no se angustia solamente por el peso cotidiano de su destino temporal, sino que está igualmente angustiado por su destino espiritual» y «la crisis de conciencia sobre la Conquista es ahora y ante todo la suya ante Dios». «En este año de 1550 en el que siente llegar su muerte y antes de decidirse a abdicar para dedicarse a la oración en el monasterio de Yuste, Carlos V piensa también, y ante todo, lo siguiente: que rendirá cuentas a Dios de la Conquista americana. Esto es lo que le da su grandeza y lo que se la da a la Controversia de Valladolid que él ha querido».

La designación por Carlos V de los dos grandes contendientes de la Controversia responde también, a juicio de Dumont, al problema de conciencia del Emperador: «Esta necesidad de justificación, en el más elevado sentido cristiano, se hace patente incluso en la elección por Carlos V de los dos campeones que debían enfrentarse en la Controversia, de alguna manera para confesarle». De las dos destacadas figuras elegidas —Las Casas y Sepúlveda— esboza sendas semblanzas Dumont, quien resume las vidas y el pensamiento de ambos, desde antes de la Controversia, sobre los puntos esenciales de ésta. Las páginas en que se coteja la personalidad de los dos contendientes son documentadas y objetivas. No oculta Dumont algunos rasgos de la biografía de Las Casas que pueden chocar con la imagen idealizada que de él han dado algunos escritores. Recuerda, por ejemplo, que «no hay duda ninguna de que fue uno de los promotores de la introducción de esclavos negros en América, al menos hasta 1550». Y observa que «en Las Casas hay también un desprecio básico por los negros, un racismo hacia ellos ingenuo pero explícito».

Estudiando a este propósito la denuncia formulada en 1542 por Las Casas contra las encomiendas, Dumont advierte las motivaciones de la dura toma de

posición lascasiana ante aquellas: «La denuncia que de ello hace de manera sistemática, violenta en extremo, en completa oposición con una realidad que no le es más desconocida que al resto de los religiosos, no puede inspirarse sino en un proyecto ideológico: la destrucción de la institución básica de la presencia española en América, paso obligado para la reindianización del Nuevo Mundo, su sueño fundamental».

Entre las luces y las sombras que Dumont descubre en la personalidad de Las Casas, surge también un aspecto interesante: el de Las Casas censor. Se manifiesta esta faceta, menos conocida que otras, en la presión que ejerció para impedir la publicación del tratado *Democrates alter, o de las justas causas de la guerra contra los indios*. El manuscrito de este libro de Sepúlveda —redactado alrededor de 1544 y esencialmente contrario a las tesis lascasianas sobre la Conquista— había obtenido una aprobación inicial de los Consejos reales. El Emperador se mostró también favorable en una cédula real de 1547. «Por tanto —observa Dumont—, contrariamente a lo que sostienen ciertos historiadores, y contrariamente a lo que dirá el propio Las Casas, el Emperador en persona y sus Consejos habían aprobado claramente la publicación del *Democrates alter*». Pero cuando el libro estaba a punto de publicarse, Las Casas, recién regresado a España tras su abandono de la diócesis de Chiapa, obtuvo con el apoyo de sus partidarios —alguno tan ilustre como Melchor Cano— la censura teológica de las copias manuscritas que ya estaban en circulación, lo que hacía que la publicación fuera ilegal. «Por lo tanto —deduce Dumont— Las Casas, que tan alto reivindicaba para sí mismo el derecho a la libertad y a la protesta, se comportaba como un puro y simple censor, imponiendo silencio a su adversario y a sus argumentos. He aquí otra faceta de su tan contrastada personalidad en la que los actos contradicen nuevamente a las teorías».

En contraste con esos aspectos paradójicos de Las Casas, su antagonista Sepúlveda ofrece en su figura vertientes elogiadas y que han sido silenciadas por una apasionada crítica adversa, bastante difundida, que ha llegado a calificarle de «intelectual abyecto» por el único motivo de oponerse a Las Casas. Tales vertientes son estudiadas por Dumont con objetividad y serenidad.

Cotejadas las posiciones iniciales y las circunstancias humanas de las dos grandes figuras de la Controversia, y analizada la composición del Tribunal llamado a decidirla, Dumont estudia detenidamente la Controversia en sí, reconstituyendo, a la luz de amplia documentación, su desarrollo. La tarea no era, ciertamente, fácil: «La Controversia de Valladolid —observa, Dumont— es un océano. El océano Atlántico que constituye lo más agudo de la crisis de conciencia española respecto a América. Sólo los textos básicos leídos *in extenso* o largamente citados en el curso de los meses de debates, sobrepasan las dos mil páginas». Textos de base de la Controversia fueron principalmente el *Democrates alter* de Sepúlveda y la *Apología* de Las Casas. Cada uno de estos dos campeones, según observa Dumont, llevaba a costas un pesado handicap. El de Las

Casas era la relativa debilidad de su cultura humanista y su deficiente conocimiento del latín, que compensaba con una gran capacidad dialéctica; el de Sepúlveda radicaba en el hecho de no haber puesto los pies en América ni conocido a los indios en su propio ámbito, carencia que compensaba con los testimonios recién ofrecidos por Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*.

A la luz de las actas de aquel largo proceso que fue la Controversia, de alto nivel intelectual, Dumont se plantea una interesante pregunta final: ¿quién salió victorioso? Su conclusión, muy documentada y razonada, es favorable a Sepúlveda. Haciendo, en efecto, un balance final, escribe: «Sepúlveda venció holgadamente en la Controversia. El análisis detallado de los cinco aspectos polémicos principales le otorga ventaja en todos los puntos», si bien esto «no significa que, en el fondo, no haya tenido razón alguna vez, especialmente si se adoptan criterios de hoy». La conclusión esencial de Dumont es, desde luego, importante e implica una revisión de las muy laudatorias opiniones sobre Las Casas que han venido prevaleciendo en América y en Europa.

Junto a las dos figuras centrales de Sepúlveda y Las Casas, protagonistas principales de la Controversia y por tanto del libro de Dumont, desfilan por las páginas de éste otras varias —entre ellas las de Carlos V, Vitoria, Cortés y Vasco de Quiroga— que son estudiadas con menor detenimiento, como es natural, pero con igual objetividad. La obra de Dumont se enriquece así con varios temas que acrecen su amenidad e interés. Recordemos por ejemplo: la inquietud de conciencia de Carlos V; la seriedad de los teólogos que enjuiciaron la Controversia, o la ilusión evangelizadora, de los españoles en Indias.

¿Cabe pensar que el interés por tales figuras y temas, aparentemente lejanos, ha disminuido para el español actual? Seguramente no. «El hecho histórico —ha escrito recientemente José Artigas— es dual por naturaleza y aparte de residir intangible en el pasado, tiene otra presencia posterior, añadida, en el presente. Como el Partenon o el Acueducto no son de ayer más que de hoy, el Descubrimiento de América, su colonización o Carlos V no pertenecen tanto a los siglos XV y XVI como al nuestro, y son algo tan pretérito como actual» (1). Por ello el lector del libro de Dumont leerá sin fatiga todas las páginas, escritas además con la elegancia y claridad que son habituales en los buenos escritores e historiadores franceses (cualidades por cierto no perdidas en la traducción española de la obra).

El nombre de Jean Dumont era conocido en España principalmente por sus estudios sobre la Revolución Francesa, que han contribuido al esclarecimiento de algunos hechos importantes y a la revisión de varios tópicos que sobre aque-

(1) J. Artigas, «La huella de García Morente», en *Comunidad humana y tradición política (Liber amicorum de Rafael Gamba)*, Actas, Madrid, 1998, pág. 161.

lla se venían repitiendo (2). Hoy los españoles debemos agradecer al historiador francés el esfuerzo investigador realizado en el tema, que nos afecta directamente, de la Controversia de Valladolid, porque a la luz de los textos de aquel debate y con rigurosos argumentos esclarece cual fue la Controversia *verdadera* y contribuye, por ende, a demostrar el balance positivo que en lo cultural y en lo moral ofrece la obra de España en América.

Recordemos para terminar esta nota una frase de Lewis Hanke que Dumont ha recogido a propósito de la Controversia y que resume magistralmente el alcance de ésta y el alto valor que tuvo el gesto de Carlos V al convocarla: «Fue en 1550, el mismo año en que el español había alcanzado el cenit de su gloria. Probablemente nunca, ni antes ni después, ordenó como entonces un poderoso emperador la suspensión de sus conquistas para que se decidiera si eran justas».

JOSÉ MARÍA CASTÁN

(2) Vid. J. Dumont, *La Revolución Francesa fuente directa de los anticatolicismos y los pseudocatolicismos de hoy*, en «Verbo», núm. 281-282 (enero-febrero 1990), págs. 133 y ss.

